

tales sucesos le huviesse pasado, ni muger que tal dixesse a su marido. El cuento ha sido porque os acordeis, y así pues aveis perdido, dadme luego el dinero, que en verdad que lo he de emplear en vna gala, para que lo que os ha costado tanto fusto, y a mi tal artificio, juzgeis como es razon. Ay tal cosa (respondió el Duque) demonios sois: miren porque modo me ha advertido en mi olvido, yo me doy por vencido. Y bolviendo al tesorero, que estava delante, le mandò que diese luego a la Duquesa los cien escudos. Con esto se salió fuera a recibir algunos de sus vassallos, que venian a verle, y saber como le avia ido en la caça. Entonces la Duquesa, sacando a Don Fadrique de su encerramiento, que estava temblando la temeraria locura de la Duquesa, le diò los cien ducados ganados, y otros ciento suyos, y vna cadena con vn retrato suyo, y abraçandole, y pidiendole la escriveffe, le mandò sacar por vna puerta falsa, que quando Don Fadrique se viò en la calle, no acabava de hazerse cruces de tal suceso. No quiso quedar aquella noche en el lugar, sino passar a otro, dos luegas mas adelante, dõde avia determinado ir a comer, sino le huviera sucedido lo que se ha dicho. Iba por el camino admirando la astucia, y temeridad de la Duquesa, con la llaneza, y buena condicion del Duque, y dezia entre si: Bien digo yo, que a las mugeres el saber las daña. Si esta no se fiara

en su entendimiento, no se atreviera a agraviar a su marido, ni a dezirfelo: yo me librarè desto si puedo, ò no casandome, ò buscando vna muger, tan inocete, que no sepa amar, ni aborrecer. Con estos pensamientos entretuvo el camino hasta Madrid, donde viò a su primo Don Iuan ya heredero, por muerte de su padre, y casado con su prima, de quien supo como Violante se avia casado, y Doña Ana idose con su marido a las Indias. De Madrid partiò a Granada, en la qual fue recibido como hijo, y no de los menos ilustres della. Fuese en casa de su tia, de la qual fue recibido con mil caricias, supo todo lo sucedido en su ausencia, la religion de Serafina su penitente vida, tanto que todos la tenian por vna santa: la muerte de Don Vicente, de malancolia de verla Religiosa, arrepentido del desamor q con ella tuvo, deviendole la prèda mejor de su honor. Avia procurado sacarla del Convento, y casarse con ella: y visto que Serafina se determinò a no hazerlo, en cinco dias ayudado de vn tabardillo, avia pagado con la vida su ingratitud. Y sabiendo que Doña Gracia, la niña que dexò en guardia a su tia, estava en vn Convento antes q tuviera quatro años, y que tenia entonces diez y seis, la fue a ver otro dia acompañando a su tia, donde en Doña Gracia hallò la imagen de vn Angel, tanta era su hermosura, y al peso della su inocencia, y simplicidad, tanto que parecia figura her-

mosa, mas sin alma. Y en fin, en su platica, y descuydo conociò Don Fadrique aver hallado el mismo sugeto que buscava, aficionado en estremo de la hermosa Gracia, y mas por parecerse mucho a Serafina su madre. Diò parte dello a su tia, la qual defengañada de que no era su hija, como avia pensado aprobò la eleccion. Tomò la hermosa Gracia esta ventura como quien no sabia que era gusto, bien, ni mal, porque naturalmente era boba, è ignorante, lo qual era agravio de su mucha belleza, siendo esto lo mismo que deseava su esposo. Diò orden Don Fadrique en sus bodas, sacando galas, y joyas a la novia, y acomodando para su vivienda la casa de sus padres, herencia de su mayorazgo, porque no queria que su esposa viviesse en la de su tia, sino de por si, porque no se cultivasse su rudo ingenio. Recibió las criadas a proposito, buscando las mas ignorantes, siendo este el tema de su opinion, que el mucho saber hazia caer a las mugeres en mil cosas; y para mi, èl no devia de ser muy cuerdo, pues tal sustentava, aunque al principio de su historia dixè diferente, porque no sè que discreto puede apetecer a su contrario, mas a èsto le puede disculpar el temor de su honra, que por sustentarla le obligava a privarse deste gusto. Llegò el dia de la boda, salio Gracia del Convento admirando los ojos su hermosura, y su simplicidad los sentidos. Solemnizose la boda con muy gran-

debanquete, y fiesta, hallándose en ella todos los mayores señores de Granada, por merecerlo el dueño. Passò el dia, y despidio D. Fadrique la gente, no quedando sino su familia, y quedado solo con Gracia, ya aliviada de sus joyas, y como dizen, en paños menores, y solo con vn jubon, y vn faldellin, y resuelto a hazer prueva de la ignorancia de su esposa, se entrò con ella en la quadra donde estava la cama, y sentandose sobre ella, le pidió le oyesse dos palabras, que fueron estas: Señora mia, ya sois mi muger, de lo que doy mil gracias al Cielo para mientras vivieremos: conviene que hagais lo que agora os dirè, y este estillo guardareis siempre: lo vno, porque no ofendais a Dios, y lo otro, para que no me deis disgusto. A esto respondió Gracia con mucha humildad, que lo haria muy de voluntad. Sabeis (replicò Don Fadrique) la vida de los casados? Yo, señor, no la sè (dixò Gracia) dezidmela vos, que yo la deprenderè como el Ave Maria. Muy contento Don Fadrique de su simplicidad, sacò luego vnas armas doradas, y poniendoselas sobre el jubon; como era peto, y espaldar, gola, y braçletes, sin olvidarse de las manoplas, le diò vna lança, y le dixò, que la vida de los casados era, que mientras èl dormia, le avia ella de velar paseandose por aquella sala. Quedò vestida desta fuerte tan hermosa, y dispuesta, que dava gusto verla, porque lo que no avia aprovechado en el entè-

dimientō , lo hazia en el gallardo cuerpo, que parecia con el morrion sobre los ricos cabellos, y con espada ceñida, vna Imagen de la Diōsa Palas. Armada como digo, la hermosa dama, le mandò velarle mientras dormia, que lo hizo Don Fadrique con mucho reposo, acostandose con mucho gusto, y durmiò hasta las cinco de la mañana. Y à esta hora se levantò, y despues de estàr vestido, tomò a Doña Gracia en sus brazos, y con muchas ternezas, la desnudò, y acostò, diziendola que durmiese, y reposasse; y dando orden a las criadas no la despertassen hasta las onze, se fue a Missa, y luego a sus negocios, que no le faltavan, respeto de que avia comprado vn oficio de Veintequatro. En esta vida passò mas de ocho dias, sin dár a entender a Gracia otra cosa, y ella como inocente, entendia que todas las casadas hazian lo mismo. Acertò a este tiempo a suceder en el lugar algunas cõtiendas, para lo qual ordenò el Cõsejo, que Don Fadrique se partiesse por la posta, a hablar al Rey, no guardandole las leyes de rezien casado la necesidad del negocio, por saber que como avia estado en la Corte, tenia en ella muchos amigos. Finalmente no le diò este suceso lugar para mas, que para llegar a su casa, vestirse de camino, y subiendo en la posta, dezirle a su muger, que mirasse que la vida de los casados, la misma avia de ser en ausencia suya, que avia sido en presencia: ella lo prometió ha-

zer asì: con lo qual Don Fadrique partiò muy contento. Y como a la Corte se và por poco, y se està mucho, le sucediò a èl de la misma suerte, deteniendose, no solo dias, sino meses, pues durò el negocio mas de seis. Prosiguiendo Doña Gracia su engaño, vino a Granada vn Cavallero Cordovès, a tratar vn pleyto a la Chancilleria, y andando por la Ciudad los ratos, y tenia defocupados, viò en vn balcon de su casa a Doña Gracia las mas tardes haziendo su labor, de cuya vista quedò tan pagado, que no ay mas q̄ encarecer, mas de que cautivo de su belleza, la empecò a passear. Y la dama, como ignorante destas cosas, ni salia, ni entrava en esta pretencion, como quien no sabia las leyes de la volütad, y correspondencia: de cuyo descuydo sentido el Cordovès, andava muy triste, las quales acciones viendo vna vezina de Doña Gracia, conociò por ellas el amor que tenia a la rezien casada, y asì vn dia la llamò, y sabiendo ser su sospecha verdadera, le prometì solicitarla, que nunca faltan hoyos en que cayga la virtud. Fue la muger a vèr a Doña Gracia, y despues de aver encarecido su hermosura con mil alabanças, la dixo como aquel Cavallero que passeava su calle, la queria mucho, y deseava servirla. Yo lo agradezco en verdad, dixo la dama, mas aora tengo muchos criados, y hasta que se vaya alguno, no podrè cumplir su deseo, aunque si quiere que yo se lo escriba a mi

márido, él por darme gusto podrá ser que lo reciba. Que no señora, dixo la estuta recetera, conociendo su ignorancia, que este Cavallero es muy noble, tiene mucha hazienda, y no quiere le recibais por criado, sino serviros con ella, si le quereis mandar que os embie alguna joya, ò regalo. Ay amiga! dixo entonces Doña Gracia, tengo yo tantas, que muchas vezes no se donde ponerlas. Pues si así es, dixo la tercera, que no quereis que os embie nada, dadle por lo menos licencia, para que os visite, que lo desea mucho. Venga norabuena, dixo la boba señora, quien se lo quita? Señora, replicò ella, no veis que los criados, si le ven venir de día publicamente, lo tendràn à mal? Pues mirad, dixo Gracia, esta llave es de la puerta falsa del jardin, y aun de toda la casa, porque dizen que es maestra, y llevadla, y entre esta noche, y por vna escalera de caracol que ay en él, subirà a la propia sala donde duermo. Acabò la muger de conocer su ignorancia, y así no quiso mas batallar con ella, sino tomando su llave, se fue a ganar las albricias, que fueron vna rica cadena, y aquella noche D. Alvaro, que este era su nombre, entrò por el jardín, como le avian dicho, y subiendo por la escalera, así, como fue a entrar en la quadra, viò a Doña Gracia armada, como dizen de punta en blanco, y con su lança que parecia vna Amaçona: la luz estava lexos, y no imaginando lo que podia ser, creyendo que

era alguna traicion, bolviò las espaldas, y se fue. A la mañana diò cuenta a su tercera del suceso, y ella fue luego a ver a D. Gracia, que la recibì, con preguntarle por aquel Cavallero, que devia de estar muy malo, pues no avia venido por donde le dixo. Ay mi señora (dixo ella) y como que vino, mas dize que hallò vn hombre armado, que con vna lança se paseava por la sala. Ay Dios (dixo Doña Gracia) riendòse muy de voluntad, no vè que soy yo, que hago la vida de los casados? esse señor no deve de ser casado, pues pensò que era hombre, digale que no tenga miedo, que como digo soy yo. Tornò con esta respuesta a Don Alvaro la tercera; el qual la siguiente noche fue a ver a su dama, y como la viò así, la preguntò la causa. Ella respondiò riendòse: Pues como tengo de andar sino desta fuerte, para hazer la vida de los casados? Que vida de casados, señora (respondiò Don Alvaro) mirad que estais engañada; que la vida de los casados no es esta. Pues señor, esta es la que me enseñò mi marido, mas si vos sabeis otra mas facil, me holgarè de saberla, que esta que hago es muy cansada. Oyendo el desembuelto moço esta simpleza, la desnudò él mesmo, y acostandòse con ella, gozò lo que el necio marido avia dilatado, por hazer provança de la inocencia de su muger. Con esta vida passaron todo el tiempo que estuvo Don Fadrique en la Corte, que como huviesse acabado los nego-

cios, y escriviessse que se venia, y Don Alvaro huviessse acabado el fuyo se bolvia a Cordova. Llegò Don Fadrique a su casa, y fue recibido de su muger con mucho gusto, porque no tenia sentimiento, como no tenia discrecion. Cenaron juntos, y como se acostasse Don Fadrique, por venir cansado; quando pensò que Doña Gracia se estava armando, para hazer el cumplimiento de la orden que la dexò la viò salir desnuda, y que se entrava con èl en la cama, y admirado desta novedad, la dixo: Pues como no hazeis la vida de los casados? Andad, señor, dixo la dama, que vida de casados, ni que nada, harto mejor me iba a mi con el otro marido que me acostava con èl, y me regalava mas que vos. Pues como, replicò Don Fadrique, aveis tenido otro marido? Si señor, dixo Doña Gracia, despues que os fuistes vino otro marido tan galan, y tan lindo, y me dixo, que èl me enseñaria otra vida de casados mejor que la vuestra. Y finalmente le contò quanto le avia passado con el Cavallero Cordovès, mas que no sabia que se avia hecho, porque assi como viò la carta de que èl venia, no le avia visto. Preguntole el desesperado, y necio Don Fadrique, de donde era, y como se llamava. Mas a esto respondiò Doña Gracia, que no lo sabia, porque ella no le llamava sino otro marido. Y viendo Don Fadrique esto, y que pensò librarfe, avia buscado vna ignorante, la qual no solo le avia agra-

viado, mas que tambien se lo dezia, tuvo su opinion por mala, y se acordò de lo que le avia dicho la Duquesa. Y todo el tiempo que despues vivio, alabava las discretas que son virtuosas, porque no ay comparacion, ni estimacion para ellas; y sino lo son, hazen sus cosas con recato, y prudencia. Y viendo que ya no avia remedio, dissimulò su desdicha, pues por su culpa sucediò: que si en las discretas son malas pruebas, que pensava sacar de las necias? y procurando no dexar de la mano a su muger, porque no tornasse a ofenderle, vivio algunos años. Quando murió, por no quedarle hijos, mandò su hacienda a D. Gracia, si fuesse Monja en el Monasterio en que estava Serafina, a la qual escriviò vn papel, en que le declarava, como era su hija. Y escribiendo a su primo Don Iuan a Madrid, le embiò escrita su historia de la manera que aqui vè. En fin Don Fadrique, sin poder escusarse por mas prevenido que estava, y sin ser parte las tierras vistas, y los sucesos passados, vino a caer en lo mismo que tenia, siendo vna boba quien castigò su opinion. Entrò D. Gracia Monja con su madre; contentas de averse conocido las dos, porque como era boba, facil hallò el consuelo, gastando la gruesa hacienda que le quedò, en labrar vn grandioso Convento, donde vivio con mucho gusto, y yo le tengo de aver dado fin a esta maravilla.

A los vltimos acentos estava
con

con Don Alonso de su entretenida, y gustosa maravilla, y todos absortos, y elevados en ella, quando los despertò deste sabroso extasis, el sò de muchos, y muy acordados instrumentos, que en vna sala, antes de llegar a esta en que estavan, se tocaron. Y bolviendo a vèr quien hazia tan dulce armonia, vieron entrar hasta doze mancebos vestidos de vaqueros, y monteras de raso morado, y guarnicion de plata, con hachas blancas encendidas en las manos, dançando diestrisimamente, y despues de aver hecho vn concertado passeio, se dividieron en dos ordenes, y vno de ellos, el mas ayroso, y galan, empezò a dançar solo con su hacha en la mano; y despues de dar la buelta por la sala, se fue a la hermosa Lisarda, y con vna cortes reverencia, la sacò a dançar. Obedeciò la dama, y despues de ponerla en su puesto, bolviò el ayroso moço a la discreta Matilde, y tras de ella a Nise, y tomando por compañero a Don Iuan, como en la dança de la hacha se vìa, la dançaron con grandissimo defensado, y donayre, y dexando la hacha a Lisarda, bueltas las otras dos damas a sus asientos, prosiguiò la dama, sacando a Don Miguel, Don Lope, y D. Diego, el qual yendo por la sala, suplicò a Lisarda, sacasse a su prima; y ella, como a quien no le estava mal esta voluntad, se llegò a la camilla donde Lisis estava, con vna hermosa reverencia, y muy corteses palabras, la suplicò que se sir-

viessè de honrar la fiesta, pues sus quartanas eran tan corteses, que desde el primer dia que se empezò; no la avian molestado. Obedeciò Lisis, mas por dar gusto a Don Diego, que a su prima, y dançò tan divinamente, que a todos diò notable contento, y mas a Don Diego, que mientras durò la dança, y al bolverla a su asiento, le diò a entender su voluntad, y ella a èl, quan agradecida estava, juntamente con licencia para tratar con su madre, y deudo, su casamiento. Finalmente, mientras los criados de Don Diego se adereçavan para el ridiculo entremès, no quedò Cavallero, ni dama en la sala, que no dançasse. Empezòse a representar, y como para dar lugar se mudassen algunos asientos, vinieron a sentarse D. Diego, y Don Iuan juntos. Y Don Iuan, como agraviado, le dixo a Don Diego: favorecido estàs de Lisis, y si bien por aver sido pretensor fuyo, me pesa por no verme molestado de sus queexas, lo doy por muy bien empleado: mas bueno fuera averme dado parte desto, pues soy mejor para amigo, que para enemigo. Afsi es (replicò Don Diego con enfado) que vn Poeta, si es enemigo, es terrible, porque no ay navaja como su pluma; a Lisis desconfervir, y como ella es libre, yo con su beneplacito me contento. Lisarda es vuestro cuydado, deveis contentaros cò ella, y no querer vna para estimar, y otra para maltratar. Licencia tengo de Lisis,

para pedirle à su madre para mi esposa, y si desto os agraviais, aqui estoy para daros la satisfacion que quisiereades, y como quisiereades. Soy contento, replicò Don Iuan, yà no por Lisis, que pues ella quiere ser vuestra, yo no quiero sea mia acabada es sobre esso la question, fino porque sepais, que si soy Poeta con la pluma, soy Cavallero cõ la espada. Sea assi (dixo Don Diego) mas no es razon que perturbemos el gusto a estas damas, atajando su fiesta, tres dias faltan, dexemos que se acaben, y despues trataremos desta donde fueredes servido. Soy contento, dixo D. Iuan: y con esto se bolvieron a ver el entremes, que andava en los vltimos fines. Bien oyò Lisis lo que avia passado, y aunq̃ quisiera remediarlo, se fufrió, viendo que Don Iuan, y Don Diego dexavan su desafio para despues de la fiesta, y que avia lugar para impedir su intento.

Tenian tan picado el gusto todos aquellos señores, y señoras, de las dos fabrosas noches que avian passado, que apenas llegó la tarde de la tercera, quando ya empezaron a juntarse en casa de la hermosissima Lisis, la qual los recibió a todos con su acostumbrada cortesia; y haziendo señal a los Musicos, cantaron este Soneto, cuyo asunto fue el Rey nuestro señor D. Felipe Quarto.

(Quita
Sol, que en la quarta esfera al Sol le
valor, grandeza, luz, y resplandores
perla, queervo ser en los amores,

del Sol Felipe, y nacar Margarita.
Fenix, que en nuestra España resucita
para darle mas ser glorias mayores
jardin de ermosas purpureas flores
pues que tal flor de Lis en ella habita.
Lpucer que gobierna el sacro coro,
y en dulce ambrosia, en luz le baña
siendo à sus Ninfas musico sonoro.
Y si la vista à la verdad no engaña,
tierno Cupido con barpones de oro,
es Felipe, Sol, nuestro Rey de España.
(ña.

De industria la hermosa Lisis quiso, como yà defengañada de D. Iuan, y agradecida a Don Diego, mudar de estilo en sus versos, porque no causasse el tratar de amor, ni defamor mas disgusto en los dos competidores, los quales se miraron a lo falso, si bien Lisarda tenia tomada la palabra a D. Iuá, de que gustando a Don Diego, serian amigos: Pues viendo Nise que le tocava a ella la quinta maravilla en esta tercera noche, ocupando el asiento, que para este caso estava prevenido, empezò assi:

La fuerza del amor ninguno ay que la ignore, y mas si se apodera de nobles pechos: porque amor es como el Sol, que haze los efectos conforme por do passa. En mi maravilla se verá claro, la qual es desta fuerte.





NOVELA QUINTA.

La Fuerça del Amor.

EN Napoles, insigne, y famosa Ciudad de Italia, por su riqueza, hermosura, y agradable sitio, nobles Ciudadanos, y gallardos edificios, coronados de jardines, y adornados de cristalinas fuentes, hermosas damas, y gallardos Cavalleros, nació Laura, peregrino, y nuevo milagro de naturaleza, tanto que entre las mas gallardas, y hermosas fue tenida por celestial estremo; pues aviendo escogido los curiosos ojos de la Ciudad, entre todas ellas onse, y destas onse tres, fue Laura de las onse vna, y de las tres vna. Fue tercera en el nacer, pues gozò del mundo despues de aver nacido en el dos hermanos tan nobles, y virtuosos, como ella hermosa. Muriò su madre del parto, de Laura, quedando su padre por gobierno, y amparo de los tres gallardos hijos, que si bien sin madre, la discrecion del padre supliò medianamente esta falta. Era Don Antonio (que este es el nombre de su padre) del linage, y apellido de Garrafa, deudo de los Duques de Nochera, y señor de Piedrablanca. Criaronse Don Alexandro, Don Carlos, y Laura, con la grandeza, y cuydado que su estado pedia, poniendo su noble padre en

esto el cuydado que requeria su estado, y riqueza; enseñando los hijos en las buenas costumbres, y exercicios que dos Cavalleros, y vna tan hermosa dama merecian, viviendo la bella Laura, con el recato, y honestidad que a muger tan rica, y principal era justo, siendo los ojos de su padre, y hermanos, y la alabanga de la Ciudad. Quien mas se señalava en querer a Laura, era Don Carlos, el menor de los hermanos, que la amava tan tierno, que se olvidava de si, por quererla; y no era mucho, que las gracias de Laura, obligavan, no solo a los que tan cercano deudo tenian como ella, mas a los que mas apartados estavan de su villa. No hazia falta su madre en su recogimiento, demás de ser padre, y hermanos vigilantes guardas de su hermosura; y quien mas cuydadofamente velava a esta señora, eran sus honestos, y recatados pensamientos: si bien, quando llegò a la edad de discrecion, no pudo negar su compañia a las principales señoras sus deudas, para que Laura pagasse a la desdicha, la que le deve la hermosura. Es uso, y costumbre en Napoles, ir las doncellas a los saraos, y festines que en los palacios del

Virrey, y casas particulares de Cavalleros se hazen: aunque en algunas tierras de Italia no lo apruevan por acertado, pues en las mas dellas se les niega el ir a Missa, sin que basten a derogar esta ley que ha puesto en ellas la costumbre las penas que los Ministros Eclesiasticos, y seglares les ponen. Saliò, en fin, Laura, a vèr, y ser vista, tan acompañada de hermosura, como de honestidad, aunque acordarse de Diana, no se fiara de su recato. Fueron sus bellos ojos basiliscos de las almas, su gallardia môstruo de las vidas, y su riqueza, y nobles partes, cebo de los deseos de mil gallardos, y nobles mancebos de la Ciudad, pretendiendo por medio de casamentero, gozar de tanta hermosura. Entre los que pretendian servir a Laura, se aventajò Don Diego de Piñatelo, de la noble casa de los Duques de Monteleon, Cavallero rico, y galan. Viò en fin a Laura, y rindiòle el alma con tal fuerça, que casi no la acompañava, sino solo por no desamparar la vida (tal es la hermosura mirada en ocasion) tuvola Don Diego en vn festin que se hazia en casa de vn Principe de los de aquella Ciudad, no solo para verla, sino para amarla, y despues de amarla, darla a entender su amor tan grande en aquel punto, como si huviera mil años que la amava. Vfase en Napoles llevar a los festines vn Maestro de ceremonias, el qual saca a dâçar a las damas, y las dà al Cavallero que le parece. Valiòse Don Diego en esta ocasion de el que en el

festin asistia (quien duda que seria a costa de dinero) pues apenas calentò con ellos las manos al Maestro, quando viò en las fuyas las de la bella Laura, el tiempo que durò el dâçar vna gallarda; mas no le sirviò de mas, que de arderse con aquella nieve; pues apenas se atreviò a dezir: Señora yo os adoro; quando la hermosa dama, fingiendo justo impedimento, le dexò, y se bolviò a su assiento, dando que sospechar a los que miravan, y que sentir a D. Diego; el qual quedò tan triste, como desesperado, pues en lo que quedava del dia, no mereciò que Laura le favoreciesse, si quiera con los ojos: Llegò la noche, que D. Diego passò rebolviendo mil pensamientos; ya animado con la esperança, ya desesperando con el temor, mientras la hermosa Laura, tan agena de si, quanto propia de su cuydado, llevando en la vista la gallarda gentileza de Don Diego, y en la memoria el yo os adoro, que la avia oïdo: ya se determinava a querer, y ya pidiendose estrecha cuenta de su libertad, y perdida opinion, como si en solo amor se hiziesse yerro, arrepentida se reprehendia a si misma, pareciendole, que ponía en condicion, si amava, la obligacion de su estado, y si aborrecia, se obligava al mismo peligro. Con estos pensamientos, y cuydados, empeçò a negarse a si misma el gusto, y a la gente de su casa la conversacion, descando ocasiones para vèr la causa de su descuydo: y dexando passar los dias (al parecer de D. Diego) con tanto des-

cuydo, que no se ocupava en otra cosa, sino en dár quejas contra el desden de la enamorada señora, la qual no le dava, aunque lo estava mas favores que los de su vista, y esto tan al descuydo, y con tanto desden, que no tenia lugar, ni aun para poderle dezir su pena, porque aunque la fuya la pudiera obligar a dexarse pretender; el cuydado con que la encubria era tan grande, que a sus mas queridas criadas guardava el secreto de su amor. Sucedió, que vna noche de las muchas que a Don Diego le amanecian a las puertas de Laura, viendo que no le davan lugar para dezir su pasión, traxo a la calle vn criado, que con vn instrumento, fuese tercero della, por ser su dulce, y agradable voz de las buenas de la Ciudad, procurando declarar en vn Romance su amor, y los zelos que le dava vn Cavallero muy querido de los hermanos de Laura, y que por este respeto entrava a menudo en su casa. En fin el musico despues de aver templado, cantò el Romance siguiente.

Si el dueño que elegiste,
altivo pensamiento,
reconoce obligado,
otro dichoso dueño.

Porque te andas perdido
sus pisadas siguiendo,
sus acciones notando,
su vista pretendiendo?

De que sirve que pidas,
ni su favor al Cielo,
ni al amor imposibles,
ni al tiempo sus efectos?

Porquè à los zelos llamas
si sabes que los zelos,
en favor de lo amado,
imposibles han hecho?

Si à tu dueño deseas
ver ausente, cres necio;
que por matar, matarte;
no es pensamiento cuerdo.

Si à la discordia pides
que haga lance en su pecho,
bien ves que à los disgustos,
los gustos vienen ciertos.

Si dizes à los ojos
digan su sentimiento,
ya ves que alcançan poco,
aunque mas miren tiernos.

Si quien pudiera darte
en tus males remedio,
que es amigo piadoso
siempre agradecimiento.

Tambien preso le miras
en esso Angel sobervio,
como podia ayudarte
en tu amoroso intento?

Pues si de tus cuydados,
que tuvieras por premio,
si tu dueño dixera:
de ti lastima tengo.

Miras tu dueño, y miras
sin amor a tu dueño,
y aun este desengaño
no te muda el intento?

A Tantalo pareces,
que el cristal lisongero,
casi en los labios mira,
y nunca llega a ellos.

Ay Dios, si mereciera,
por tanto sentimiento,
algun fingido engaño,
porque tu muerte temo!

Fueran de Purgatorio

tus penas, pero veo
que son sin esperanza
las penas del infierno.

Mas si eleccion hiziste,
morir es buen remedio,
que bolver las espaldas
serà cobarde hecho.

Escuchando estava Laura la musica, desde el principio della, por vna menuda celosia, y determinò a bolver por su opinion, viendò que la perdia, en que Don Diego por sospechas, como en sus versos mostrava se la quitava; y assi lo que el amor no pudo hazer, hizo este temor de perder su credito, y aunque batallando su verguença con su amor, se resolvió a bolver por si, como lo hizo, pues abriendo la ventana, le dixo: milagro fuera señor Don Diego, que siendo amante, no fuerais zeloso, pues jamas se hallò amor sin zelos, mas son los que teneis tan falsos, que me han obligado a lo que jamas pensè, porque siento mucho ver mi fama en lenguas de la poesia, y en las cuerdas de esse laúd, y lo que peor es en boca de esse musico, que siendo criado, serà fuerça ser enemigo; yo no os olvidò por nadie, que si alguno en el mundo ha merecido mis cuydados, sois vos; y sereis el que me aveis de merecer, si por ellos aventuraste la vida. Disculpe vuestro amor mi desemboltura, y el verme ultrajar mi atrevimiento, y tenedle desde oy para llamaros mio, que yo me tengo por dichosa en ser

vuestra. Y creedme, que no dixera esto, si la noche con su obscuro manto, no me escusara la verguença, y colores que tengo en dezir estas verdades. Pidiendo licencia a su turbaciõ, el mas alegre de la tierra, quiso responder, y agradecer a Laura el enamorado Don Diego, quando sintiò abrir las puertas de la propia casa, y saltarle tan brevemente dos espadas, que a no estar prevenido, y sacar tambien el criado la fuya, pudiera ser que no le dieran lugar para llevar sus deseos amorosos adelante. Laura que viò el suceso, y conociò a sus dos hermanos, temerosa de ser sentida, cerrò la ventana, y se retirò a su aposento acostandole, mas por disimular, que por desear el reposo. Fue, pues el caso, que como Don Alexandro, y Don Carlos, oyessen la musica, se levantaron a toda priessa, y salieron como he dicho, con las espadas desnudas en las manos; las quales fueron, sino mas valientes que las de Don Diego, y su criado, a lo menos mas dichosas, pues saliendo herido de la pendencia, huvo de retirarse, quexandose de su desdicha, aunque mas justo fuera llamarla ventura, pues fue fuerça que supiesen sus padres la causa, y viendò lo que su hija granjeava con tan noble calamiento, sabiendo que era este su deseo pusieron terceros que lo traxessen con su padre de Laura. Y quando pensò la hermosa Laura que las enemistades serian causa de eternas discordias, se hallò esposa de Don

Diego. Quien verá este dichoso suceso, y considerare el amor de Don Diego, sus lagrimas, sus quejas, y los ardientes deseos de su corazón, que no tenga Laura por muy dichosa? Quien duda que dirán los que tienen en esperanças sus pensamientos: ò quien fuera tan venturoso, que mis cosas tuvieran tan dichoso fin como el desta noble dama, y mas las mugeres que no miran en mas inconvenientes que su gusto? Y de la misma suerte, quien verá a Don Diego gozar en Laura vn assombro de hermosura, vn extremo de riqueza, vn colmo de entendimiento, y vn milagro de amor, que no diga que no criò otro mas dichoso el Clelo? pues por lo menos estando las partes iguales, no es facil de creer que este amor avia de ser eterno, y lo fuera, si Laura no fuera como hermosa desdichada; y D. Diego como hombre mudable, pues a èl no le firvió el amor contra el olvido, ni la nobleza contra el apetito, ni a ella le valiò la riqueza contra la desgracia, la hermosura contra el remedio, la discrecion contra el desden, ni el amor contra la ingratitud, bienes que en esta edad cuestan mucho, y se estiman en poco. Fue el caso, que Don Diego antes que amante a Laura avia empleado sus cuydados en Nise, gallarda dama de Napoles, sino de lo mejor della, por lo menos no era de lo peor, ni sus partes tan faltas de bienes de naturaleza, y fortuna, que no la diese muy levantados pensamientos, mas de lo que

su calidad merecia; pues los tuvo de ser muger de Don Diego; y a esse titulo avia dado todos los favores que pudo, y el quiso, pues como los primeros dias, y aun meses de casado, se descuydasse de Nise, que todo cansa a los hombres, procurò con las veras posibles saber la causa, y diòse en essa tal modo en saberla, que no faltò quien se lo dixò todo; demàs, que como la boda avia sido publica, y D. Diego no pensava ser su marido, no se recató de nada. Sintió. Nise con grandissimo extremo ver casado a Don Diego, mas al fin era muger, y con amor que siempre olvidan agravios, aunque sea a costa de opinion. Procurò gozar de Don Diego, ya que no como marido, a lo menos como amante, pareciendole no poder vivir sin èl, y para conseguir su proposito, solicitò con papeles, y obligò con lagrimas, a que Don Diego bolviesse a su casa, que fue la perdicion de Laura, porque Nise supo con tantos regalos enamorarle de nuevo, que yà empeçò Laura a ser enfadosa como propia, cansada como zelosa, y olvidada como aborrecida, porque Don Diego amante, Don Diego sollicito, Don Diego porfiado: y finalmente Don Diego que dezia a los principios ser el mas dichoso del mundo no solo negò todo esto, mas se negò a si mismo lo que se devia: pues los hombres que desprecian tan a las claras, están dando alas al agravio: y llegando vn hombre a esto, cerca està de perder el honor. Em-

peçò a sèr ingrato , faltando a la cama, y mesa; libre en no sentir los pesares que dava a su esposa , desdèñoso en no estimar sus favores, y su desprecio en dezir libertades, pues es mas cordura negar lo que se haze, que dezir lo que no se piensa. Pues como Laura conocia tantas novedades en su esposo , empeçò con lagrimas a mostrar sus pesares , y con palabras a sentir sus desprecios , y en dandose vna muger por sentida de los desconciertos de su marido , dese por perdida ; pues como era fuerça dezir su sentimiento, dava causa a Don Diego para no solo tratar mal de palabra , mas a poner las manos en ella. Solo por cumplimiento iba a su casa la vez que iba, tanto la aborrecia , y desestimava , pues le era el verla mas penosa que la muerte. Quiso Laura saber la causa destas cosas, y no faltò quien le diò larga cuenta dellas. Lo que remedio Laura fue el sentir las, mas viendolas sin remedio , pues no le ay si el amor se trueca, lo que ganò en darse por entendida de las libertades de Don Diego fue darle ocasion para perder mas la verguença , y irse mas desenfrenadamente tràs sus deseos, que no tiene mas recato el vicioso, que hasta que es su vicio publico. Viò Laura a Nise en vna Iglesia, y con lagrimas le pidiò desistiese de su pretension , pues en ella no aventurava mas que perder la honra , y ser causa de que ella passasse mala vida. Nise rematada de todo punto, como muger que yà no esti-

mava su fama ; ni temia caer en mas baxeza que en la que estava, respondiò a Laura tan desabridamente , que con lo mismo que pensò la pobre dama remediar su mal, y obligarla , con esso le dexo mas sin remedio , y mas resuelta a seguir su amor con mas publicidad. Perdiò de todo punto el respeto a Dios, y al mundo; y si hasta alli con recato embiava a Don Diego papeles, regalos, y otras cosas; ya sin èl, ella, y sus criadas le buscavan, siendo estas libertades para Laura nuevos tormentos; y fierissimas pasiones , pues yà via en su desventuras menos remedio que primero: passava sin esperanças la mas desconsolada vida que dezirse puede: Tenia zelo : que milagro ! como si dixessemos rabiosa enfermedad. Notava su padre , y hermanos su tristeza, y deslucimiento , y viendo la perdida hermosura de Laura , vinieron a rastrear lo que passava , y malos passos en que andava Don Diego , y tuvieron sobre el caso muchas renzillas, y disgustos, hasta llegar a pesadumbres declaradas. Desta suerte andava Laura algunos dias , siendo mientras mas passavan, mas las libertades de su marido, y menos su paciencia. Como no siempre se pueden llorar desdichas quiso vna noche, que la tenian desvelada sus cuydados, y la tardança de Don Diego, cantando divertir las , y no dudando que estaria Don Diego en los braços de Nise, tomò vna harpa , en que las señoras Italianas son muy diestras , y

vñas vezes llorando, y otras can-
tando, dissimulando el nombre
de Don Diego con el de Albano,
cantò así:

Porque tirano Albano
si a Nise reverencias,
y a su hermosura ofrees,
de tu amor las finezas.

Porque de sus ojos
está tu alma presa,
y a los fuyos su cara
es imagen bella.

Porque si en sus cabellos
la voluntad enredas
y ella a ti agradecida,
con voluntad te premia.

Porque si de su boca
caxa de hermosas perlas,
gustos de amor escuchas,
conque tu gusto aumentas.

A mi que por quererte,
padezco inmensas penas,
con delsealtad, y engaños
me pagas mis finezas?

Y yà que me fingisté
amorosas ternezas,
dexarásme vivir
en mi engaño si quiera.

No vés que no es razón
acertada, ni cuerda,
despertar a quien duerme,
y mas quando pena.

Ay de mi desdichada!
que remedio me queda,
para que el alma mia
a este su cuerpo vuelva?

Dame el alma, tirano,
mas ay no me vuelvas,
que mas vale que el cuerpo
por esta causa muera.

Mal aya amen mil vezés;

Celio tirano aquella
que en prisiones de amor
prender su alma dexa.

Lloremos ojos mios
tantas lagrimas tienes,
que del profundo mar
se cubran las arenas.

Y al son de aquestos zelos,
instrumento de quejas,
canteremos llorando,
lastimosas endechas.

Oid atentamente,
nevadas, y altas peñas,
y vuestros ecos claros
me sirven de respuesta.

Escuchad vellas aves,
y con harpadas lenguas,
ayudareis mis zelos
con dulces cantinelas.

Mi Alvano adora a Nise,
y a mi penar me dexa;
estas si son pasiones
y aquestras si son penas.

Su hermosura divina
amorosa celebra,
y por cielos adora
papeles de su letra.

Que diràs, Adriana,
que lloras, y lamentas,
de tu amante desvíos
sin razones, y ausencias.

Y tu afligido Fenicio,
aunque tus carnes veas
con tal rigor comidas
por el Aguila fiera.

Y si atado al caucaso
padeces no lo sientas,
que mayor es mi daño,
mas fuertes mis sospechas,

Desdichado Exion,
no sientas de la rueda

el penoso ruido,
porque mis penas sientas.

Tantalo, que a las aguas,
sin que gustar las puedas,
llegas, y no alcanças,
pues huye si te acercas.

Vuestras penas son pocas,
aunque mas se encarezcan;
pues no ay dolor que valga,
sino que zelos sean.

Ingrato, plegue al Cielo,
que con zelos te veas
rabiando como rabio,
y que qual yò padezcas.

Y esta enemiga mia
tantos te dè, que seas,
vn Midas de cuydados,
como el de las riquezas.

A quien no enterneciera Laura con quejas tan dulces, y bien sentidas, sino a Don Diego, que se preciava de ingrato? El qual entrando al tiempo que ella llegava con sus endechas a este punto, y las oyèssè, y entendiesse el motivo dellas, desobligado con lo que pudiera obligarse, y enojado de lo que fuera justo agradecer, y estimar, empeçò a maltratar a Laura de palabra, diciendolas tales, y tan pesadas, que la obligò a que vertiendo cristalinias corrientes por su divino rostro le dixesse: que es esto ingrato? Como das tan largas alas a la livertad de tu mala vida, que sin temor del Cielo, ni respectò te enfades de lo que fuera justo alabar? Correte de que el mundo entienda, y la Ciudad murmure tus vicios tan sin rienda, q̄ parece que estàs desper-

tando con ellos tū afrènta, y mis deseos. Si te pesa de que me queje de ti, quitame la causa que tengo para hazerlo, ò acaba con mi cansada vida, ofendida de tus maldades. Afsi tratas mi amor? Afsi estimas mis cuydados? Afsi agradesces mi sufrimiento? Hazes bien, pues no tomo a la causa destas cosas, y la hago entre mis manos pedaços. Que espera vn marido que haze lo que tu, sino que su muger olvidando la obligacion de su honor, se le quite, no porque yo lo he de hazer, aunque mas ocasiones me dèssè, q̄ el ser quien soy, y el gran amor, que por mi desdicha te tengo, no me daràn lugar, mas temo que has de darlo a los viciosos como tu, para que pretendan lo q̄ tu desprecias; y a los maldicientes, y mormuradores, para que los imaginen, y digan: pues quien verá vna muger como yò, y vn hombre como tu, que no tengan tanto atrevimiento como tu descuydo? Palabras eran estas para que D. Diego, abriendo los ojos del alma, y del cuerpo, viesse la razon de Laura; pero como tenia tan llena el alma de Nise, como desierta de su obligacion; acercandose mas a ella, y encendido en vna tan infernal colera, que la empeçò a arrastrar por los cabellos, y maltratarla de manos, tanto, que las perlas de sus dientes, presto tomaran forma de corales bañados en la sangre que empeçò a sacar en las crueles mamos; y no contento con esto, sacò la daga, para salir con

con ella de yugo tan pesado como el suyo, a cuya accion las criadas que estavan procurando apartarle de su señora: alçaron las voces, dando gritos, llamando a su padre, y a sus hermanos, que desatinados, y colericos, subieron al quarto de Laura, y viendo el desatino de Don Diego, y a la dama bañada en sangre, creyendo Don Carlos que la avia herido, arremetió a Don Diego, y quitandole la daga de la mano, se la iba a meter por el coraçon, si el arriesgado moço viendo su manifesto peligro no se abraçara con Don Carlos, y Laura haziendo lo mismo le pidiera que se reportasse, diziendo: Ay hermano! Mira que en esta vida esta la de tu triste hermana. Reportose Don Carlos, y metiendose su padre por medio apaciguò la pendencia, y bolviendose a sus aposentos, temiendo Don Antonio, q̄ si cada dia avia de aver aquellas ocasiones, seria perderse, se determinò no ver por sus ojos tratar mal vna hija tan querida; y asì otro dia tomando su casa, hijos, y hacienda, se fue a Piedrablanca, dexando a Laura en su desdichada vida, tan triste, y tierna de verlos ir, que le saltò poco para perderla. Causa para que oyendo dezir, que en aquella tierra avia mugeres que obligavan con fuerza de hechizos a que huviesse amor, viendo cada dia el de su marido en menoscabo, pensando remediarse por este camino, encargò que le traxessen vna: No fue muy pereçoso el tex-

tero, a quien la hermosa, y affligida Laura encargò que le traxesse la embustera: y le traxo vna, a quiè la discreta, y cuydadosa Laura despues de obligada con dadas (sed de semejantes mugeres) enterneciò con lagrimas, y animò con promassas, contandole sus desdichas, y en tales razones le pidió lo que deseava: Amiga, si tu hazes que mi marido aborrezca a Nise, y buelva a tenerme el amor que al principio de mi casamiento me tuvo, quando èl era mas leal, y yo era mas dichosa, tu veras en mi agradecimiento, y liberal satisfacion de la manera que estimo tal bien, pues pensarè que quedo corta con darte la mitad de toda mi hacienda. Y quando esto no baste, mide tu gusto con mi necesidad, y señalate tu misma la paga deste beneficio, que si lo que yo poseo es poco, me venderè para satisfazerte. La muger assegurando a Laura de su saber, contando milagros en successos agenos, facilitò tanto su petición, que ya Laura se tenia por segura: a la qual la muger dixo, q̄ avia menester (para ciertas cosas que avia de adereçar, para traer consigo en vna bolsilla) barbas, cabellos, y dientes de vn ahorcado; las cuales reliquias, con las demas cosas harian que Don Diego mudasse la condicion, de suerte que se espantaria: y que la paga no que-ria que fuesse de mas valor, que conforme a lo que le sucediesse. Y creed señora (dezia la falsa entredadora) que no bastan hermosuras,

ni riquezas a hazer dichosas: sin ayudarse de cosas semejantes a estas, que si supieses las mugeres que tienen paz con sus maridos, por mi causa, desde luego te tendrías por dichosa, y asegurarias tus temores. Cósufa estava la hermosa Laura, viendo que le pedia vna cosa tan difícil para ella, pues no sabia el modo como viniessse a sus manos; y así dándole cien escudos en oro, le dixo, que el dinero todo lo alcançava, q̄ los diessse a quien la traxessse aquellas cosas. A lo qual replicò la taymada hechizera (que cõ esto queria entretener la cura, para sangrar la bolsa de la afligida dama, y encubrir su enredo) que ella no tenia de quien fiarse; demàs que estava la virtud que ella lo buscasse, y se lo diessse, y con esto, dexandò a Laura en la tristeza, y confusìõ que se puede pensar, se fue pensando estava Laura en como podia buscar lo que la muger pedia, y hallando por todas partes muchas dificultades, el remedio que hallò fue hazer dos rios caudalosos sus hermosos ojos, no hallando de quien poderse fiar, porque le parecia que era afrenta que vna muger como ella, anduviessse en tan civiles cosas. Con estos pensamientos no hazia sino llorar; y hablando consigo misma, dezia, asidas sus blancas manos vna con otra: Desdichada de ti Laura, y como fueras mas venturosa, si como le costò tu nacimiento la vida a tu madre, fuera tãbien la tuya sacrificio de la muerte. O amor enemigo de

las gentes ! Y q̄ de males han venido por ti al mundo, y mas a las mugeres, que como en todo somos las mas perdidossas, y las mas faciles de engañar, parece que solo contra ellas tienes el poder, ò por mejor dezir el enojo. No sè para que el Cielo me criò hermosa, noble, y rica, si tòdo avia de tener tan poco valor contra la desdicha, sin que tantos dotes de naturaleza, y fortuna me quitasssen la mala estrella en que naci. O yà que lo soy, para q̄ me aguarda la vida? Pues tenerla vn desdichado, mas es agravio, que ventura? A quien contarè mis penas que me las remedie? Quien oirà mis queexas, que se enternezca? Y quien verà mis lagrimas, que me las enjuge? Nadie por cierto, pues mi padre, y hermanos por no oirlas, me han desamparado, y hasta el Cielo cõsuelo de los afligidos, se haze sordo por no darme. Ay Don Diego! Y quien pensará, mas si deviera pensar, si mirara que eres hombre, cuyos engaños quitá el poder a los mismos demonios; y hazen ellos lo que los ministros de maldades dexan de hazer. Donde se hallará vn hombre verdadero? En qual dura la voluntad vn dia? Y mas si se ven queridos. Mal aya la muger que en ellos cree, pues al cabo hallará el pago de su amor, como yo le hallo. Quien es la necia que desea casarse, viendo tantos, y tan lastimosos exemplos? Como es mi animo tan poco, mi valor tan afeminado, y mi cobardia tanta, que no quito la

vida, nõ solo a la enemiga de mi folsiego, sino el ingrato que me trata con tanto rigor? Mas ay que tengo amor! Y en lo vno temo perderse, y lo otro enojarle: Porque vanos legisladores del mundo atais nuestras manos para las venganças, impossibilitando nuestras fuerças con vuestras falsas opiniones, pues nos negais letras, y armas? El alma no es la misma que la de los hombres? Pues si ella es la que dà valor al cuerpo, quien obliga a los nuestros a tanta cobardía? Yo asseguro; que si entendierais que tambien avia en nosotras valor, y fortaleza, no os burlarais como os burlais; y assi por ternos sujetas desde que nacemos, vais enflaqueciendo nuestras fuerças con los temores de la honra, y el entendimiento con el recato de la verguença; dandonos por espaldas ruelas, y por libros almohadillas, Mas triste de mi! De que sirven estos pensamientos, pues ya no sirven para remediar cosas tan sin remedio? Lo que aora importa es pensar como darè a esta muger lo que pide. Diciendo esto, se ponía a pensar que haría, y luego bolvia de nuevo a sus quejas; quien oyera las que està dando Laura, dirà que la fuerça de amor està en su punto, mas aun faltava otro extremo mayor, y fue que viendo cerrar la noche, y viendo ser la mas escura, y tenebrosa que en todo aquel Invierno avia hecho (responiendo a su pretension su opinion) sin mirar a lo que se ponía, y lo que aven-

turava si D. Diego venía; y la hallava fuera, diciendo a sus criadas, que si venía, le dixessen que estava en casa de alguna de las muchas señoras q̄ avia en Napoles, poniendose vn manto de vna dellas, con vna pequeña linternilla se puso en la calle, y fue a buscar lo que ella pensava avia de ser su remedio. Ay en Napoles como vna milla apartada de la Ciudad, camino de N. Señora del Arca, Imagen muy devota de aquel Reyno, y el mismo por donde se và a Piedrablanca, como vn tiro de piedra del camino real a vn lado del, vn humilladero de cinquenta pies de largo, y otros tantos en ancho: la puerta del qual està àzia el camino, en frente della vn Altar con vna Imagé pintada en la misma pared. Tiene el humilladero estado, y medio de alto, el suelo es vna fossa demàs da quatro en hondura, que coge toda la dicha Capilla, y solo queda al rededor vn poyo de media vara de ancho: por el qual se anda todo el humilladero. A estado de hombre, y menos ay puestos por las paredes vnos garfios de hierro, en los cuales cuelgan a los q̄ ahorcan en la plaça; y como los tales se van deshaziendo, caen los huesos en aquel oyo, que como està sagrado, les sirve de sepultura. Pues a esta parte tan espantosa, guiò sus pasos Laura, donde a la sazón avia seis hombres, que por salteadores avian ajusticiado pocos dias avia: la qual llegando a el con animo increíble (que se lo dava amor) tan

olvidada del peligro, quanto acordada de sus fortunas, pues no temia quando no la gente con quien iba a negociar el caer dentro de aquella profundidad, donde si tal fuera, jamas se supiera della.

Ya he contado como su padre, y hermanos de Laura, por no verla maltratar, y ponerse en ocasiones de perderse con su cuñado, se avian retirado a Piedrablanca, donde vivian (sino olvidados della, a lo menos desviados de verla) estando don Carlos acostado en su cama, al tiempo que llegó Laura al humilladero: despertò con rigoroso, y cruel sobresalto, dando tales voces, que parecia se le acabava la vida. Alborotòse la casa, vino su padre, y acudieron sus criados, todos confusos, y turbados, solemniçando su dolor con lagrimas, le preguntavan la causa de su mal, la qual estava escondida, avn a el mismo q̄ padecia. El qual buelto mas en si, levantandose de la cama y diciendo; en algun peligro està mi hermana, se començò a vestir a toda diligencia, dando orden a vn criado, para que luego al punto le enfilasse vn cavallo, el qual apercebido, saltò en èl, y sin querer aguardar que le acompañasse algun criado, a todo correr del, partiò la via de Napoles, con tanta priesa, que a la vna se hallò enfrente del humilladero, donde parò el cavallo de la misma fuerte que si fuera de piedra. Procurava Don Carlos passar adelante, mas era porfiar en la misma porfia; porque atràs;

ni adelante era possible bolver, antes como arrimandole la espuela queria que caminasse, el cavallo dava vnos bufidos que espantava. Viendo Don Carlos tal cosa, y acordandose del humilladero, bolviò a mirarle, y como viò luz que salia de la linterna que su hermana tenia, pensò que alguna hechizeria le detenia, y deseando saberlo de cierto, provò si el cavallo queria caminar àzia allà; y apenas hizo la accion, quando el cavallo, sin premio ninguno, hizo la voluntad de su dueño; y llegando a la puerta, con la espada en la mano, dixo: Quien quiera que sea quien està all dentro, salga luego fuera, que si no lo haze, por vida del Rey, que no me he de ir de aqui, hasta q̄ con la luz del dia vea quien es, y que haze en tal lugar. Laura, que en la voz conociò a su hermano, pensando que se iria, y mudando quanto pudo la suya, le respondiò: Yo soy vna pobre muger, que por cierto caso estoy en este lugar; pues no os importa el saber quien soy, por amor de Dios que os vais; y creed q̄ si porfiais en aguardar, me arrojare luego al punto en esta sepultura, aunque piense perder la vida, y el alma. No dissimulò Laura tanto la habla, que su hermano, que no la tenia tan olvidada, como ella pensò, dando vna gran voz, acompañada con vn suspiro, dixo: Ay hermana, grande mal ay, pues tu estas aqui, sal fuera, que no en vano me dezia mi coraçon es-

te fuésselo. Pues viendo Laura que ya su hermano la avia conocido, con el mayor tiento que pudo, por no caer en la fosa, salió arrimandose a las paredes; y tal vez a los mismos ahorcados; y llegando donde su hermana lleno de mil pesares la aguardava, y no sin lagrimas se arrojò en sus braços, y apartandose a vna parte, supo de Laura, en breves razones, la ocasion que avia tenido para venir alli, y ella del, la que le avia traído a tal tiempo: y el remedio que Don Carlos tomó fue ponerla sobre su cavallo, y subiendolo, asimismo el dàr la buelta a Piedrablanca, teniendo por milagrosa su venida: y lo mismo sintió Laura, mirandose arrepentida de lo que avia hecho. Cerca de la mañana, llegaron a Piedrablanca, donde sabido de su padre el suceso; haziendo poner vn coche, y metiendose en èl con sus hijos, y hija, se vino a Napoles, y derecho al Palacio del Virrey, a cuyos pies arrojado, le dixo: que para contar vn caso portentoso que avia sucedido, le suplicava mandasse venir alli a Don Diego Piñatelo, su yerno, porque importava a su autoridad, y sosiego. Su excelencia lo hizo así: y como llegasse D. Diego a la sala del Virrey, y hallasse en ella a su suegro, cuñados, y muger; quedò absorto, y mas quando Laura, en su presencia contó al Virrey lo q̄ en este caso queda escrito, acabando la platica con dezir, que ella estava defengañada de lo que era el mundo, y los

hombres; y que así no queria mas batallar con ellos, porque quando pensava lo que avia hecho, y donde se avia visto, no acabava de admirarse; y que supuesto esto, ella se queria entrar en vn Monasterio, sagrado poderoso para valerse de las miserias a que las mugeres estan sujetas: Oyendo Don Diego esto, y negandole al alma el ser causa de tanto mal; en fin como hōbre bien entendido, estimando en aquel punto a Laura mas que nunca; y temiendo que executasse su determinacion; nó esperando èl por si alcançar della cosa ninguna, segun estava agraviada, tomó por medio al Virrey, y suplicandole pidiesse a Laura, que bolviessè con èl, prometiendo la enmienda de alli adelante: hizolo el Virrey, mas Laura temerosa de lo pasado, no fue posible que lo acetasse, antes mas firme en su proposito, dixo: que era cansarse en vano, que ella queria hazer por Dios, que era amante mas agradecido, lo que por vn ingrato avia hecho; con que este mismo dia se entrò en la Concepcion, Convento noble, rico, y santo. Don Diego desesperado se fue a su casa, y tomando las joyas, y dineros que hallò, se partiò sin despadirse de nadie da la Ciudad, donde a pocos meses se supo que en la guerra que la Magestad de Felipe Tercero tenia con el Duque de Saboya, avia acabado la vida.

Con grandes admiraciones oyeron todos la discreta maravilla,

lla, que la hermosa Nise avia referido, y aviendose sossegado el aplauso, y cantando los músicos, co-

mencò la hermosa Lisis su maravilla en esta forma.



NOVELA SEXTA.

El Desengaño Amado, y Premio de la Virtud.

EN la Imperial Ciudad de Toledo, Silla de Reyes, y Corona de sus Reynos, como lo publica su hermosa fundacion, agradable sitio, nobles Cavalleros, y hermosas damas, huvo no ha muchos años vn Cavallero, cuyo nombre serà Don Fernando. Nació de padres nobles, y medianamente ricos, y èl por sí tan galan, y alentado, y valiente, que sino desfluciera estas gracias de naturaleza, con ser mucho mas inclinado a travesuras, y vicios, que a virtudes pudiera ser adorno, alabança, y grandeza de su patria. Desde su tierna niñez procuraron sus padres criarle, è instruirle en las costumbres q̄ requieren los ilustres nacimientos, para que lleven adelante la nobleza que heredaron de sus passados, mas estos virtuosos estilos eran tan pesados para Don Fernando. como quien en todo seguia su traviesla inclinacion, sin vencerla en nada, y mas que al mejor tiempo le saltò su padre; con que Don Fernando tuvo lugar de dár mas rienda a sus vicios. Gastò en esto alguna parte de su patrimonio, sal-

ta que se via mucho, como no era de los mas abundantes de su tierra. En medio destes vicios, y destraimiento de nuestro Cavallero, le sujetò amor a la hermosura, donayre, y discrecion de vna dama que vivia en Toledo medianamente rica, y sin comparacion hermosa, cuyo nombre serà Doña Juana: sus padres, aviendo passado desta a mejor vida, la avian dexado encomendada a solo su valor, que en Toledo no tenia deudos, por ser forasteros. Era Doña Juana de veinte años, edad peligrosa para la perdicion de vna muger, por estar entonces la bella vanidad, y locura, aconsejadas con la voluntad, causa, para que no escuchando a la razon, ni al entendimiento, se dexen cautivar de deseos livianos. Dexavase Doña Juana servir, y galantear de algunos Cavalleros moços; pareciendole tener por esta parte mas seguro su casamiento. Desta dama se aficionò Don Fernando con grandes veras, solicitòle la voluntad con papeles, musicas, y presentes, valas que adestan luego los hombres, para rendir las flacas

fuer-

fuerças de las mugeres. Mirava bien Doña Iuana a Don Fernando, y no le pensava en verse querida de vn Cavallero tan galan, y tan noble, pareciendole que si le pudiesse obligar a ser su marido, serà felicissimamente venturosa, puesto que no ignorava sus travessuras, y dezia como dizen algunas (dizen mal) que eran cosas de moços; porque el que no tiene asiento a los principios poco queda que aguardar a los fines. Era Don Fernando astuto, y conocia que no se avia de rendir Doña Iuana, menos que casandose, y asì dava muestras de desearlo, diciendo a quien le parecia que se lo diria, en particular a las criadas, las vezes que hallava ocasion de hablarlas. La dama era asimismo cuerda, y para amartelarle mas se hazia de temer, obligandole con desdenes a enamorarse mas, pareciendole que no ay tal cebo para la voluntad como las asperezas, las quales sentia Don Fernando sobre manera, ò porque si al principio empeçò de burlas, ya la queria de veras, ò por aver puesto ya la mira en rendirla, y le devia de parecer que perdia de su punto, sino vencia su desden; y mas conociendo de su talle ser poderoso para rendir qualquiera belleza; pues vna noche del Verano, con otros amigos le traxo amor, como otras a su calle, les pidió que cantassen, y obedeciendo los musicos cantaron.

De dos penas que ha querido
dar amor à vn desdichado,

mayor que ser olvidado
es el ser aborrecido:
que el que olvida, aquel olvido
en amor puede bolver,
mas quien llega à aborrecer,
quando se venga à acordar,
serà para maltratar,
que no para bien querer.

El olvido es privacion
de la memoria importuna,
consiste en mala fortuna;
pero no es mala intencion;
mas quien ciego de passion,
contra la ley natural,
aborrece en caso igual
mas que olvido es el desden,
pues sobre no querer bien,
està descando mal?

Y si en fin aborrecer
es agraviar, bien se infiere,
que el que ingrato aborreciere
està cerca de ofender:
y si ay quien quiera querer
ser antes aborrecido,
tome por suyo el partido;
que si me han de maltratar,
por no verme despreciar
quiero anegarme en olvido.

No cantò Don Fernando con
tan poco acierto estas dezimas, si
bien dichas con proposito, pues
hasta entonces no podia juzgar de
la voluntad de su dama, si se incli-
nava a quererle, si a aborrecerle,
que no hallassen lugar en su pe-
cho sus gracias, que a caer sobre
menos travessuras, luzieran mucho.
Mas ya determinada a favorecerle,
se dexò ver, que hasta entonces
avia oido la musica encubierta, y se
diò a entender con palabras, ò que
avia

avia estimado sus versos, asistiendo al balcon mientras se cantaron.

Con el favor que D. Iuana hizo a Don Fernando aquella noche se partiò el mas contento, que imaginarse puede, pareciendole que para ser el primero, no avia negociado mal, respecto del defden con que siempre le avia tratado, y continuando sus passeos, y perseverando en su amor, acrecentando los regalos, vino a grangear de fuerte la voluntad de la dama, que ya era la enamorada, y perdida; y Don Fernando el que se dexava amar, y servir (condicion de hombre amado, y ventura de muger rendida) porque aunque Don Fernando queria bien a D. Iuana, no de fuerte que se rematasse, ni dexasse por su amistad las demàs ocasiones.

Venciò Don Fernando, y rindiòse D. Iuana, y no es maravilla, pues se viò obligar con la palabra que le diò de ser su esposo, oro con que los hombres disimulan la pildora amarga de sus engaños. Vivía su madre de Don Fernando, y este fue el inconveniente que puso para no casarse luego, diziendo que temia disgustarla, y que por no acabarla del todo a fuerça de disgustos era necessario disimular hasta mejor ocasion. Creyole Doña Iuana, y desta suerte sufria cò gusto las escusas que le dava. Pareciendole, que ya lo mas estava grangeado, que era la voluntad de Don Fernando; con la qual se asegura-

va de quantos temores se le ofrecian mientras la fortuna se inclinava a favorecerla, ò porque ya no podia vivir sin su amante, que era lo mas cierto. En esta amistad passaron seis meses, dandola Don Fernando quanto avia menester, y sustentandole la casa, como pudiera la de su misma muger, porque con tal intento era admitido. En este tiempo que D. Iuana amava tan rendida, y Don Fernando amava como poseedor, y ya la posesion le dava enfado. Sucediò, que vna amiga de Doña Iuana, muger de mas de quarenta, y ocho años, si bien muy traída, y gallarda, y que aun no tenia perdida la belleza que en la mocedad avia alcançado, de todo punto, animandolo todo con grandissima cantidad de hazienda que tenia, y avia grangeado en Roma, Italia, y otras tierras que avia corrido, siendo calificada en todas ellas por grandissima hechizera; si bien esta habilidad no era conocida de todos, porque jamás exercitava en favor de nadie, sino en el suyo, por cuya causa tambien Doña Iuana la ignorava, si bien por las semejanzas, no tenia entera satisfacion de Lucrecia, que esse era el nombre desta buena señora, porque era natural de Roma, mas tan ladina, y Españolada, como si fuera nacida, y criada en Castilla. Esta, pues, como era muy familiar en casa de Doña Iuana, con quien se dava por amiga, se enamorò de Don Fernando, tanto como puede considerarse, quien sabe lo que

es voluntad favorecida del trato, pues no era este el primer lance que en este particular Lucrecia avia tenido. Procurò que su amante supiese su amor, continuando las visitas a Doña Iuana: y el mirar tierro a Don Fernando, del qual no era entendida, porque le parecia que ya Lucrecia no estava en edad para tratar de galanteria, ni amores. Ella que ya amava a rienda suelta, viendo el poco cuydado de Don Fernando, y el mucho de Doña Iuana, que sin sospecha de su traicion, era estorvo de su deseo, porque como amava, no se apartava de la causa de su amor, se determinò la astuta Lucrecia a escribir vn papel, del qual prevenia, hasta hallar ocasion, aguardò tiempo, luego, y ventura, que hallandole, se le diò, el qual dezia afsi:

Disparate fuera el mio, señor Don Fernando, si pretendiera apartaros del amor de Doña Iuana, entendiendo que no avia de ser vuestra muger, mas viendo en vuestras acciones, y en los entretenimientos que traeis, que no se estien de vuestra voluntad, mas que à gozar de su hermosura, he determinado descubrirvos mi aficion; yo os quiero desde el dia que os vi, que vn amor tan determinado como el mio, no es menester dezirle por rodeos: hacienda tengo con que regalaros; desta, y de mi seréis dueño: con que os digo quanto sè, y quiero.

Lucrecia

Leyò Don Fernando el papel, y como era vario de condicion, accotò el partido que le hazia, acudiendo desde el mismo dia a su casa, no dexando por esto de ir a la de Doña Iuana, disfraçando sus visitas para con Lucrecia, que le quisiera quitar de todo punto dellas con sus obligaciones. Doña Iuana, que por las faltas que hazia su amante, y aver visto en Lucrecia acciones de ferlo; y tambien en verla retirada de su casa, sospechando lo mismo que era, diò en seguirle, y escudriñar la causa: a pocos lances descubriò toda la celada, y supo con la franqueza que Lucrecia le dava hazienda para que gastasse, y destruyesse: tuvo sobre esto la dama con su ingrato dueño muchos disgustos, mas todos sirvieron de hazerse mas pesada, mas enfadada, y menos querida, porque D. Fernando no dexava de hazer su gusto, ni la pobre señora de atormentarse; la qual viendo que no servian los enojos mas que de perderle, tomò por partido el disimular, hasta ver si conseguia su amor el fin que deseava, que no vivia sin Don Fernando, cuya tibieza la traia sin juicio. Lucrecia se valia de mas eficaces remedios, porque acontecia estar el pobre Cavallero en casa de Doña Iuana, y sacarle della, ya vestido, ya desnudo como lo hallava el engaño de sus hechizos. Viendo en fin D. Iuana, quan de cada iban sus cosas, quiso hazerle guerra con las mismas armas, pues las de su

her-

hermosura, y podian tan poco: y andando inquiriendo quien le ayudaria en esta ocasion, no faltò vna amiga, que le diò noticia de vn estudiante, que residia en la famosa Villa de Alcalà, tan ladino en esta facultad, que solo en oirlo se prometì dicho fin. Y para que los terceros no dilatassen su muerte, quiso ser ella la mensagera de si misma; para lo qual (fingiendo aver hecho vna promessa) alcançada la licencia de Don Fernando, que no le fue muy dificultoso alcançar, para hazer vna novena al glorioso San Diego, en su santo Sepulcro, se metiò en vn coche, y fue a buscar, lo que le pareciò que seria su remedio, con cartas de la persona que le diò nuevas del estudiante, del qual como llegò a Alcalà, y a su casa, fue recibida con mucho agrado; porque con las cartas le puso en las manos veinte escudos. Contòle sus penas la afligida señora, pidiendole su remedio, a lo qual respondiò el estudiante, que quanto a lo primero era menester saber si se casaria con ella, y que despues entraria el apremiarle a que lo hiziesse; y para esto le diò dos fortijas de vnas piedras verdes, y le dixo: que se bolviesse a Toledo, y que aquellos anillos los llevasse guardados, y que no los pusiesse hasta que Don Fernando la fuesse a ver; y en viendole entrar, los pusiesse en los dedos, las piedras a las palmas, y tomándole las suyas le tratasse de su casamiento, y que advertiesse en la res-

puesta que le dava, que èl feria con ella dentro de ocho dias, y le diria lo que avia de hazer en esto, mas que le advertia que se quitasse luego los anillos, y los guardasse como los ojos, porque los estimava en mas que vn millon. Con esto, dexandole memoria de su casa, y nombre, para que no errasse quando la fuesse a buscar, la mas contenta del mundo se bolviò a Toledo. Asì como llegò, avisò a Don Fernando de su venida, el qual recibì esta nueva con mas muestras de pesar, que gusto, si bien el estar cargado de obligaciones le obligò a disimular su tibieza; y asì fue luego a verla por no darle ocasion para que tuviesse quejas. Pues viendo Doña Juana la que le ofrecia su fortuna, y poniendose luego sus anillos, conforme a la orden que tenia, tomò las manos a Don Fernando, y entre millares de caricias, le empeçò a dezir, que quando avia de ser el dia en que pudiesse ella gozarle en servicio de Dios. A esto respondiò Don Fernando, que si pensara no dár disgusto a su madre, aquella misma noche la hiziera suya; mas que el tiempo haria lo que le parecia que estava tan imposible. Con esta respuesta, y quedarle allí aquella noche, le pareciò a Doña Juana, que ya estava la fortuna de su parte, y que Don Fernando era ya su marido; quitòse sus fortijas, y diòselas a la criada que las guardasse: la fregona que las viò tan lindas, y luzidas; pusoselas en las manos, sacò agua
del